

**Gonzalo N. Santos, *Memorias. Una vida azarosa, novelesca y tormentosa*, 2a. ed., México, Grijalbo, 1998, 920 p., más anexos e índice onomástico**

Luis Medina

**E**l incorregible humorista Will Rogers definió alguna vez una autobiografía como el momento en el cual el autor escribe las cosas buenas que debió hacer y deja fuera las malas que en realidad cometió. Éste ha sido el principio guía de todas las autobiografías y memorias de los hombres públicos en México, desde Guillermo Prieto hasta José López Portillo, pasando por toda una serie de militares revolucionarios y cuadros administrativos que creyeron oportuno y necesario dejar impresos sus logros mediocres y autojustificables no pedidos. Escritas muchas de ellas en un estilo engolado y prosopopéyico que alentó burlas y sátiras, como la inigualable parodia de las memorias del general José Guadalupe Arroyo en *Los relámpagos de agosto* de Jorge Ibargüengoitia.

Éste no el caso de las memorias del "Alazán tostado", que afortunadamente pecan de lo contrario. En poco más de novecientas sólidas páginas a

renglón cerrado, Santos describe al México bronco que se despierta con la revolución maderista, hasta el momento en que el ánimo rijoso parecía ser cosa del pasado al empezar el gobierno del presidente Adolfo Ruiz Cortines. Vida, reflexión y explicación de episodios políticos importantes de la vida pública de México se entrelazan de tal suerte que hacen una lectura fácil y divertida del grueso tomo, lectura que a veces lleva al asombro y la sorpresa.

Miembro de una familia numerosa de rancheros de la Huasteca potosina, Santos crece en un ambiente político violento, marcado por el enfrentamiento entre los suyos y la familia de Jesús Martell, jefe político de la región y encargado de reducir la influencia política de su padre, antiguo rebelde tuxtecano. Esta disputa incluso se refleja en la escuela a la que asiste, donde se producen riñas entre santistas y martellistas. Nos dice: "desde que asistí a la escuela siempre

supe que había amigos y enemigos, leales y traidores, valientes y cobardes. Así nací, así crecí y así se empezó a templar mi carácter” (p. 22). Pronto cobra su primera vida, un tal Tavera, empleado municipal martellista que lo agrede porque sus hermanos mayores andan ya en la revolución maderista. Este hecho lo lleva a huir de la región y a unirse a sus hermanos para iniciar así su carrera de militar revolucionario. Pero no es la única muerte que explica en detalle a lo largo del libro; hay muchas más, todas, eso sí, de frente pues no mataba por la espalda ni tampoco “maté ni mandé matar a ningún menor ni a ninguna mujer, jamás” (p. 827).

Sin embargo, no obstante su temple violento, no va ser la carrera de las armas la vocación de su vida. Tras vanas luchas de facciones, convertido en obregonista, Santos se decide por la vida política, y dentro de ella por la carrera parlamentaria, que justamente lo va a colocar no sólo al lado de los que mandan, sino también en el meollo de varios de los momentos políticos más importantes del México posrevolucionario. Siendo diputado por segunda ocasión, junto con Carlos Riva Palacio es comisionado por Calles, presidente electo, para que “pusiéramos el orden y formáramos un bloque sólido” en la Cámara de Diputados, víctima de la variopinta colección de corrientes y persuasiones políticas de la época. De ahí en adelante, a lo largo del gobierno de Calles y durante todo el Maximato, Santos va a ser el verdadero jefe del poder legislativo, desde la Cámara Baja o desde el Senado. El bloque rojo

en las cámaras y la Alianza de Partidos Socialistas de la República, que organiza para darle sustento, prefiguraban ya lo que habría de ser una de las misiones fundamentales del PNR: ordenar y disciplinar la representación nacional.

La posición política de Santos es riesgosa pero de gran trascendencia si se la sabe utilizar, y lo hace. Con todo, uno de los episodios más deliciosos e ilustrativos es el complot que organiza con los generales Miguel M. Acosta, secretario de Comunicaciones, y Abelardo Rodríguez, secretario de Guerra, para hacer a este último presidente sustituto ante la inminente renuncia de Pascual Ortiz Rubio, y todo para evitar que el Jefe Máximo, Calles, se saliera con la suya en el intento de imponer a Alberto J. Pani.

Sabedor de lo que se tramaba en Palacio Nacional y en Anzures, “porque yo –dice– siempre las he tenido halagadas, lo mismo a las secretarías o taquígrafas de los altos personajes”, Gonzalo acuerda con Abelardo y Acosta ignorar la propuesta de Calles y encabezar la votación para la elección de Rodríguez en la sesión de la Cámara convocada para dar a conocer la renuncia del presidente y designar al sustituto. Para prevenir cualquier reacción adversa de Calles, Acosta se encargaría de poner de acuerdo a los jefes militares de la plaza para dar un golpe de mano que apoyara la decisión cameral en caso necesario. Gonzalo comenta que se trataría de un pronunciamiento a favor de la Constitución y la ley, y agrega: “Nunca ha habido en México un ‘cuartelazo’ de esta naturaleza, esto será

hasta elegante" (p. 497). Pero no fue necesario, pues Calles dobló las manos ante la decisión impuesta por Santos en la Cámara Baja.

Pero todo por servir se acaba. Tras ayudar a Lázaro Cárdenas en su campaña para la presidencia, decide ausentarse del país y hace que en los últimos días de su mandato el presidente Rodríguez lo nombre embajador en Bélgica. Adivina que se viene el enfrentamiento Calles-Cárdenas y no quiere estar en medio. Aun así, lo comenta con Cárdenas y le ofrece quedarse si se lo pide. Pero ya se adivina un principio de inquina del presidente electo para con él, pues Cárdenas sibilino como siempre le responde: "No, es mejor que vayas a terminar de prepararte". "Cárdenas era un zorro -dice Gonzalo a continuación-, pero 'yo no me quito el freno para beber agua' y quedarme por mi cuenta y riesgo en aquella situación." (p. 519). Así que decide cumplir con su misión en Europa, bien munido con pesos oro en forma de sueldos, gratificaciones y gastos ordinarios y extraordinarios.

Resuelto el conflicto Calles-Cárdenas, Santos regresa al país para ocupar de nuevo un escaño en el Senado. Será una figura fundamental en los ires y venires previos a la sucesión de 1940, trabajando siempre por la candidatura de Manuel Ávila Camacho. En las sangrientas elecciones presidenciales de ese año, va a encargarse de un grupo de "gargaleotes", como él llamaba a sus veteranos convertidos en pistoleros electorales, para combatir a sangre y fuego a las huestes almanistas en la Ciudad de

México. Destaca aquí la toma a balazos de la casilla frente a Los Pinos, cuya mesa directiva local estaba copada por almanistas armados, para que Cárdenas pudiera cruzar la calle y depositar su voto.

No obstante su larga carrera pública, Santos tuvo poco éxito político; en puestos de altura, se entiende. Ayudó a siete candidatos a presidente de la república a llegar a la primera magistratura. Todos se apoyaron en él para las maniobras partidistas y electorales, pero sólo dos cumplieron sus promesas de retribución: Abelardo Rodríguez, quien lo hizo embajador, y Manuel Ávila Camacho, su compadre, quien lo ayudó a ser gobernador de su tierra y presidente del bloque de gobernadores. A Obregón y Calles se les impuso por su fuerza política. Lázaro Cárdenas, Miguel Alemán y Adolfo Ruiz Cortines lo hicieron a un lado, metidos ya en el proceso de eliminación de los hombres fuertes regionales.

En su momento, y siempre desde su estado, adelantándose al reloj político destapó a Miguel Alemán y a Gustavo Díaz Ordaz. También en su momento, contribuyó a convencer a Maximino Ávila Camacho para que desistiera en sus propósitos de suceder a su hermano, y seis años después puso de acuerdo a los ex presidentes Ávila Camacho y Cárdenas para frustrar las intenciones reeleccionistas del presidente Alemán. Terminó sus años haciendo gestiones, por órdenes de Díaz Ordaz, entre los principales generales del ejército, a favor de Luis Echeverría y, finalmente, jugándosela fallidamente por Hugo Cervantes del Río.

Pero, ¿había algún marco de valores personales detrás de tanta violencia, maniobras electorales y empeños para que subsistiera su grupo político? Recuérdese que las memorias de Gonzalo N. Santos no son las típicas de los hombres de aquellos años; son pocas, escasísimas, las referencias que él hace relativas a altos ideales o a los intereses de la patria. Su intención no fue dar lecciones de civismo, sino presentar en toda su crudeza el juego de las ambiciones personales, las propias y las de todos los demás. Quizás a esto se deba el hecho de que, haciendo alarde de su memoria prodigiosa, cada vez que menciona un personaje describe sus virtudes y vicios en breves pero ilustradoras biografías compactas que deberían entusiasmar a los estudiosos de las elites políticas.

No, Gonzalo N. Santos no da lec-

ciones de civismo, y se agradece. Sin embargo, hay dos referencias en las que, a su modo, alude a ideales, sus ideales, y que lo pintan de cuerpo entero. La primera de ellas, la dedicatoria: es a la Revolución y "a todos los caídos en la lucha sangrienta, penosa y larga que tuvimos que sostener, para cambiar un país de parias en un país de ciudadanos". La segunda viene en el *postscriptum* de su hijo Gastón, en el cual rememora la forma como su padre lo despertaba a él, a su hermano y a sus primos:

Ya tocaron diana; ya hay caldo en las fondas. A levantarse todos a darle gracias a Dios por haberlos hecho mexicanos sin merecerlo, pues si fueran suecos, hablarían ocho idiomas, serían ingenieros químicos y estarían de meseros en un café.

Genio y figura.